

VII

—No, no debió venir.

—No debí venir, y he venido... Perdóneme.

—Siempre la duda.

—La duda no, Natalia.

—Sí.

—El ansia de verla... de ver al niño. ¿Por qué su carta no fué más explícita?

—Explícitamente le dije que no debía venir.

—Quizás hizo mal en decírmelo.

—¿Ve usted cómo es la duda?

—Duda... Pero no duda que la ofenda. Algo más que la indisposición del niño nos ha separado hoy. Comienzo á conocerla ya... Algo nos ha separado... no sé qué, y, sin embargo, temo. Con sólo mirarla cara á cara, comprendo que me engaña, que nos vamos á despedir pronto, y que de nada suyo, ni siquiera de su confianza, he sabido posesionarme.

—¿Por qué no me ha obedecido? ...Usted prometió obedecerme.

—Usted me prometió también...

—¿Es un reproche?

—Una súplica... y un reproche si quiere... Usted me ha hecho descubrirme y usted se esquivó; usted me levanta, me hace suponer que cuando me haya redimido seré digno de poseerla, y ahora que empiezo á sentirme limpio de alma, me escribe enigmáticamente, me recibe con despego... Lo que me ha hecho hoy no está bien.

—No, ahora miente á sabiendas: con despego, nunca. Por nuestro bien, no debió venir.

—Me iré... me iré. Verla así, fugitiva, extraña, es peor que no verla... Me iré; déjeme besar al niño y me voy.

—Siéntese... Hablaremos bajo para que no se despierte; tiene fiebre... El también le ha echado á usted de menos... Siéntese, y no dude de mí. Tal vez cuando más lo lastimo, es cuando lo quiero más.

—Y me lastima bien, con saña... ¿Por qué me lastima?

—¿Acaso podría hacer otra cosa?... No me obligue á hablar; dispéñeme de la mortificación de revivir mis sinsabores al contarlos... Hoy he vuelto á sufrir... á temer. Estoy loca... Bástele esto. Si puede suponer lo demás, no me obligue á decírselo... ¿Qué importa un detalle más ó menos?

—Sí... perdóneme... No quiero saber.

—¡Gracias!... ¿Por qué no es usted siempre así?... Muchas gracias, Aurelio.

—¡Oh, si usted supiera cuánto me he mortificado abajo, mientras esperaba, queriendo adivinar cuál era su balcón, queriendo adivinar qué ocurría tras de los cuadros amarillos é impasibles de las ventanas... Le juro que, cuando vine, no pensé subir... No tengo disculpa. Al subir, sé que he hecho mal, y he subido despacio, repitiéndome en cada uno de los escalones que no hacía bien.

—Bueno, ya está aquí... Le disculpó, casi se lo agradezco...

—La duda es arma de dos filos, Natalia, que hiere más á quien la esgrime que á quien la provoca.

—¡Pchs!... Hable bajo; la puerta de este saloncito da á la escalera... Mejor es que pasemos á la alcoba. El niño no se despertará.

Al entrar en la alcoba, Aurelio fué estremecido por una sensación carnal. La alcoba de una mujer joven es siempre brasa donde se encienden los deseos. La temperatura era tibia como un aliento. Junto á la cama de madera, separada de ella por la mesa de noche, estaba la camita del niño. Sobre la mesa había un libro abierto y una cuchilla para partir las páginas.

Aurelio se sorprendió al no ver ninguna enseña piadosa: las paredes estaban desnudas; ni estampas, ni imágenes, ni siquiera la forma austera de un crucifijo. Los ramos de flores que repetían en el papel de los cuatro muros, simétricamente, sus fragancias amortiguadas por el tiempo y el polvo, eran más luminosos en un trozo de muro donde debió haber mucho tiempo un cuadro. Todo era sencillo, casi humilde; todo hubiera tenido el ritmo sosegado de la respiración del niño, si la cama de ella no estuviera allí proclamando cínica que todas las noches recibía su cuerpo, que guardaba tal vez el recuerdo plástico de su forma, con la misma voluptuosidad de la almohada, donde la huella de su cabeza tenía el incentivo de una insinuación... Quizás fuera fascinación de los sentidos; pero aquella cama emanaba un efluvio, punzante como una mordida, que emponzoñaba deliciosamente todo, obligando á abrir las manos, á entornar los párpados, á vibrar las aletas de la nariz... Tuvo que hacer un doloroso esfuerzo; los músculos de su voluntad se congestionaron... Alcides no superó nunca la flexión que hizo Aurelio Zaldívar al inclinarse sobre la camita y poner los labios resecaos en la frente del niño.

—¿No es verdad que parece un ángel?

—Es el Agostino di Duccio de Donatello.

—¿Y es bonito ese ángel?

—Mucho... Si tuviera papel aquí...

—No. Un retrato así me daría miedo.

Contemplaron largo rato al niño, que se movió, como si sintiese las miradas. Impetuosamente, pero tímidamente, Aurelio preguntó:

—¿Y las amenazas han sido iguales que la otra vez, Natalia?

—Más concretas; razonadas casi.

—¡Oh, si yo pudiera!... Cuénteme, cuénteme.

—¡Aurelio!

—Sí... Acabo de decirle que no quiero saber, y la curiosidad me sale á los ojos y á los labios... Es la indignación... es la ira, Natalia.

—No quiero verlo así... Seréne... Hablemos bajo, que pueden oírnos.

—¿Tanto miedo tiene?

—Nuestros paseos son comentados. El lo sabe todo; mejor dicho, él no lo sabe todo, y eso es lo peor. Algún amigo tiene en la casa. ¿Monsieur Craud, Sebastián? No sé. Conoce su nombre, Aurelio, y nos espía. Usted no sabe de cuánto es capaz... Debe hacer ya tiempo que está aquí; sin duda hemos pasado muchas veces cerca de él... ¡Tengo miedo, Aurelio! Miedo de perder mi hijo... Hasta hoy no ha tenido pretexto para exigírmelo; el día que lo tenga...

—¿Y para qué querría quitárselo?

—Para reducirme á perder á mi hijo ó á unir-me á él otra vez por conservarlo; para obligar-me de todos modos á morir.

—¿No lo odia usted?

—Le temo.

—Yo le odio como no he odiado á nadie... Cuando pienso en él, soy cruel.

—¡Ah, y usted no lo conoce!

—No lo conozco, pero sé que nadie que tenga sus ojos ó su figura ó su nombre... Nunca sabrá usted cuál es la fuerza de este odio. Me repele y me atrae. Sin conocerlo he soñado muchas veces que nos encontramos... No hablemos más de él, me hace mal... Yo necesito irme, Natalia.

—¿Verdad que sí?... Ahora yo no me hubie-ra atrevido á pedírselo... Gracias.

Llamaron á la puerta, y ambos se pusieron de pie. Las dos miradas se encontraron, plenas de certidumbre.

¡Es él!

—Sí... debe ser... ¡Por Dios, Aurelio!... Sólo su prudencia puede salvarme.

—¡Estaba en acecho!

—Siéntese... Es temprano, y yo soy libre de recibir visitas... Tal vez no sea él... Quédese tranquilo aquí; le prohibo moverse; le ruego que no salga por nada...

—Vaya... Han llamado otra vez.

Natalia salió. Aurelio quedó allí trémulo, como si tuviera miedo. Súbito desfallecimiento le corría á lo largo de los brazos, matando toda fuerza; los pies titubeaban bajo el peso del tronco; se tuvo que sentar; sentíase demudado; sentíase capaz lo mismo de esconderse, que de salir, de tolerar, que de retar. En vano quería estar tranquilo... De la estancia contigua el diálogo llegaba en un susurro que en seguida creció, hasta detallarse. Una voz suplicaba, otra exigía. De tiempo en tiempo, la voz doliente demandaba sigilo. Las palabras se percibían con claridad:—«Habla bajo; tengo visita...; nadie tiene necesidad de oírnos... Vuelve mañana y te daré algo...» Pero la otra voz lo exigía todo, y lo exigía groseramente, con sarcasmo, con procacidad, segura de la oportunidad del momento. Aurelio temblaba, temblaba, y pedía: «¡Que no lá insulte, que tenga la prudencia de no insultarla!»... Pero él la insultó.

Natalia no pudo contenerlo. Fué un salto, el tiempo en que una voz profiere una injuria. Sin saber por qué, ella apagó la luz. Los dos hombres bajaron vertiginosamente la escalera, uno en pos de otro, sin gritos, con esa sobriedad trágica de la acción. Había un perseguidor y uno que huía.

El intento de Natalia al interponerse, bastó para establecer una distancia entre ellos. Pero, ¿cómo prever lo que esa distancia podía acortarse ó aumentarse en la espiral alucinante de la escalera? Sintió que los adversarios traspornaban la puerta de la calle, y tuvo miedo de asomarse á la ventana. Sentía en su boca el sabor de la sangre; un fulgor cárdeno ó el relámpago de una estocada dentro de sus ojos; una detonación y un grito de angustia en los oídos. Su afán anticipaba las sensaciones... Así, con aquella persistencia del horror, debía comenzar la locura; debe, así, haber un instante en el que la razón, como un ciego ebrio, fluctúe sobre el sendero angosto, dándose cuenta de la trascendencia de cada paso y bamboleándose, ya al lado del camino, ya al de la sima.

Inclinada en el rellano de la escalera, Natalia Roca vivió uno de esos minutos fabulosamente elásticos que encierran todos los atributos de la vejez: experiencia, canas. No había oído á su hijo que de pie en el lecho la llamaba con voces de terror. Y al entrar, antes que á su cuerpecito aterido, sus ojos miraron con espanto la mesa de noche, de donde faltaba la cuchilla de abrir los libros.

Recordó el filo resistente de la cuchilla, y la vió manchada de sangre. Era una sangre densa,

acre, cálida, embriagadora, que le salpicaba las manos, el cuerpo, las pupilas; que estrechaba su cuello con la cinta roja de un dogal y se extendía después en su conciencia con la implacable lentitud de una mancha de tinta en un papel secante.

La puerta había quedado sin cerrar. Aurelio entró y se derrumbó sobre un sillón. Natalia no tuvo energía para preguntarle, y cuando presintió que dejaba en un ademán de disimulo, junto al libro, la cuchilla, un pavor incompatible se adueñó de ella, y cerró los ojos. ¡Oh, si hubiera podido permanecer así!... Pero era preciso ver, era necesaria una certidumbre... Entreabrió los párpados y suspensa de miedo concretó la mirada en su falda; luego, muy poco á poco, la fué extendiendo á lo largo del muslo, por la pierna, por el suelo, por la pared, hasta la cama... Allí, sus ojos volvieron á cerrarse... Y de súbito, en una gran resolución, volvió la cara hacia la mesa de noche y los abrió desmesuradamente para que pudieran abarcar toda la verdad...

Sobre la mesa, la cuchilla reflejaba en su lámina inmaculada la luz de la lámpara. Natalia sintió que una vasta tranquilidad sobrevenía para ella, y miró á Aurelio sin querer, sin comprender... Y hubo un largo silencio.

El quedóse ensimismado; las manos juntas y colgantes, entre las piernas; inclinado el cuerpo, exhausto y tembloroso, como si tuviera miedo otra vez; ya con una obscura consciencia de «lo que había podido pasar». Frente á él, sin una interrogación, sin un reproche, sin una frase de gratitud, el alma ausente y aun la sonrisa involuntaria en los labios, Natalia lo miraba. Hasta la luz estaba absorta... El niño había vuelto á dormirse, pero ciegos sobresaltos agitaban intermitentemente su cuerpecito. Y aquel temblor, que parecía preceder una actitud eterna, fué el único movimiento que durante una hora luchó contra la quietud de la estancia.

Don Juan Antonio Méndez le envió en un sobre algunos billetes de Banco y una carta en la que, luego de varias frases de afecto, se convidaba á almorzar con él. Vendría á buscarle á su hotel, y luego, si Aurelio quería, irían juntos á Caen. Natalia Roca y otros amigos estaban allí con ocasión de un concierto de beneficencia. Había en la carta esa sencillez que saben poner en la caridad los hombres para quienes el bien no es usura, ni cepo de la gratitud. No ignoraba don Juan Antonio que él y Natalia tenían que hablarse, y le indicaba la ocasión. Y todo sin confidencias, sin consejos, sin que nunca ma-

nifestara una palabra el estar enterado ó el deseo de saber.

Cuando llegó no hizo alusión á la carta en que remitía á Aurelio el último dinero. Sólo al final de la comida, mientras aguardaban el café, dijo con apariencia de distracción:

—El otoño viene... Usted encontrará mejor tiempo allá.

—Sí... Uno de estos días haré la maleta... Estoy impaciente; me parece que alguien me espera allá.

Y ninguno de los dos hubiera podido decir con exactitud dónde era «allá». América tiene sobre las otras partes del mundo, quizás por su juventud, quizás por su hospitalidad, ocasión de oír su nombre genérico de continente aplicado á porciones de su territorio que tienen nombres propios. América ha sido durante muchos años para los pobres un áureo misterio, del que no sabrían decir las magnitudes: misterio de oro y de esperanza que comienza ¡ay! á mostrar junto á las vetas ricas las llanuras de desilusión. «Allá» era América, y Aurelio y don Juan Antonio Méndez iban pensando en ella, sin tener idea concreta de ningún país, mientras se dirigían al vapor que debía llevarlos á Caen.

Varias veces estuvo tentado Aurelio de preguntar á don Juan Antonio algo acerca del ma-

ruido de Natalia; sentía una necesidad morbosa de saber detalles de su vida, detalles físicos de aquella silueta vista de noche, en el raudito de la fuga... Pero el temor de ser indiscreto con aquel hombre para quien la discreción era un culto, lo contuvo. Durante los minutos que precedieron á la partida, siempre retrasada por viajeros tardíos, Aurelio miró el puerto, con cuya fisonomía estaba ya familiarizado. Ningún detalle había sido añadido, ninguno faltaba; la anchura perspectiva gris hacia el mar, los puentes de hierro, las esclusas, la confusión de chimeneas y mástiles hacia tierra; y siguiendo una recta á lo largo de los malecones, la línea musgosa que acusaba el nivel máximo del agua. Y á pesar de ver sucederse inmutables todos los detalles de todos los días, el alma de Aurelio encontró en el paisaje un acento nuevo y desolado. Sentíase en un puerto diferente; esto le produjo una emoción que primero fué curiosidad, luego extrañeza, después, al fundirse los elementos comunes de esos dos estados, melancolía.

Pensó que no volvería á ver el otro puerto nunca más, y, con resignación agria, su espíritu le hacía encogerse de hombros. Su otro puerto era el de los días en que la idea del viaje estaba borrada en su memoria; el puerto de aguas tranquilas, de largos y risueños reflejos durante las

noches; el puerto donde tantas veces había gozado la intranquilidad de aguardarla, y por el que una tarde de lluvia, sin darse cuenta de que se mojaba, había paseado lentamente, poseído por una ilusión de primavera. Y estas sensaciones se aguzaron más cuando el vaporcito desamarró del malecón, y, hendiendo el mar, fué dejando atrás los faros, las boyas, la rada; cuando en la distancia, el puerto sólo fué una raya que se hizo tenue, que se esfumó, que desapareció.

Llegaron á Caen más tarde de la hora indicada en el itinerario. Y tuvieron que ir del muelle al concierto, sin pasar por el hotel. Natalia, acompañada por una familia no conocida por Aurelio, los esperaba impaciente.

Don Juan Antonio se disculpó:

—Hemos traído mala mar... Casi una hora de retraso... El mar no es galante... Les presento á mi buen amigo Aurelio Zaldívar, que no sabía qué hacer de la tarde... Usted lo conoce, Natalia.

—¿Es usted aficionado á la música?—le preguntó una de las señoras—, y sin darle tiempo á responder:

—Va usted á oír la segunda sinfonía de Mahler, que dicen que es desconcertante,—completó.

El hubiera respondido que era profano en música, cuando la salida del director de orquesta alzó un murmullo precursor de silencio. Era un concierto de caridad, en el que Harold Bauer había tocado, antes de que don Juan Antonio y Aurelio llegaran, fragmentos de Domenico Scarlatti y «En Languedoc», de Deodat de Severac; una de esas fiestas benéficas en que las gentes ricas gustan quitar á la tercera virtud teologal cuanto tiene de austero y de humilde.

Aurelio quedó sentado lejos de Natalia. Sus ojos le preguntaban cosas tan prolijas, que á los ojos de ella les era imposible responder. Don Juan Antonio se inclinó para hablarle al oído:

—¿Es usted hombre de voluntad, Aurelio?

—Sí... creo que sí... ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Si yo exigiera de usted un esfuerzo de voluntad?...

—Lo haría.

—Permanezca todo el concierto sin mirar á las plateas que están detrás de nosotros.

Por un movimiento instintivo, más rápido que la consciencia de su promesa, Aurelio giró la mirada, y en el fondo de un palco vió unas manos llenas de sortijas, un rostro rasurado que le sonreía: era mister Velits. La emoción fué

tan viva, que le obligó á poner de pie. Don Juan Antonio lo hizo sentar. Ni Natalia ni las señoras advirtieron nada...

El silencio era total en la sala cuando la orquesta comenzó. Todos sus recuerdos aciagos, y toda su idea del deber, se fijaban en el pensamiento de Aurelio, y la música iba removiendo sus memorias, excitando sus ansias, turbándole con sensaciones casi filosóficas... La sinfonía tal vez fuese ardua para oídos viciados por la melosidad de esos señores, cuyos prototipos actuales son Masenet y Puccini; pero á Aurelio, que en problemas de arte no tenía otra norma que la vibración de su sensibilidad, aquella música lo esclavizó en seguida por su pujanza, por su convicción, por la avasalladora elocuencia con que cada uno de sus instrumentos se asociaba á los otros en el discurso musical... No era esa melodía sedosa, tan geoméricamente iniciada, que su fin tiene que encontrarse con su comienzo, luego de recorrer la curva de la vulgaridad. Aquí, si había seda, era la seda ya magnificada de un adorno, no la seda bruta arrollada en la pieza por el tejedor...

La voz poliforme de la orquesta cantaba siguiendo un ritmo interno; gritos diferentes decían la misma pauta, el mismo sentimiento. De cuando en cuando un temblor recorría por gru-



pos toda la cuerda y tenía un grave eco en los contrabajos... Disonancias inesperadas clamaban la resistencia de la pasión; intervalos armónicos, sextas y terceras sabia y potentemente combinadas, cantos discordes de los clarinetes; era ese desconcierto exterior que tienen á veces las acciones de los hombres muy reflexivos. Los violines esbozaban una frase que las trompas les arrebataban en seguida; la flauta insinuaba un tema bucólico; otro tema augusto y lento surgía en los oboes, y al nacimiento de su majestad los violines, las trompas y las flautas se sometían, y apoyaban con un acompañamiento que iba degradándose hasta parecer un sueño del oído, el canto solemne que poco á poco iba dominando todo... El cálido son de los violonchelos intervenía; timbres diversos ganaban los primeros planos de las cadencias; y ya al final, cuando los oboes, sobreponiéndose con una modulación casi humana, contrapuntados por los cornetines, por los trombones, por todo cuanto es bronquedad en la orquesta, parecían resolver triunfalmente la idea generatriz, una voz de barítono se alzaba de pronto, y sobre el trueno amainado de los cobres y sobre el largo lamento de las violas, cantaba, renovando la emoción de la IX Sinfonía de Beethoven, las palabras del salmista: «Atravesó la iniquidad, pero no

habitó en ella». La voz era patética, sombría, sollozante... Los cobres prorrumpieron en un fragor bronco y sentimental. Y en ese momento el director, con los brazos rígidos y abiertos, para mantener aquel acorde álgido, visto de espaldas, parecía una cruz.

El alma de Aurelio tenía en aquella hora el mismo tono exasperado de la música. Al igual de los violines, deseoso de alcanzar una nota sobreaguda limpia como una aurora, su ambición, íntegra en el deseo de perfeccionarse, presentía «allá» cimas puramente aireadas. Era aquí el ambiente mefítico, las tierras fangosas, las pérfidas piedras movedizas suspendidas sobre el abismo...

Salió del teatro mirando al suelo, lleno del temor de tener que cruzar la mirada con aquel hombre. Al pasar cerca de él, para coartarle toda tentativa, tomó el brazo de Natalia, que lo miró azorada, sin atreverse á desasirse. Llegaron al hotel y entraron en el salón. Las otras señoras subieron á la pieza que habían tomado entre todas para tener dónde arreglarse.

Caía el día, y una penumbra gris velaba los ángulos del salón. Sentáronse cara á cara, separados por la gran mesa cubierta de periódicos. Natalia no sospechaba lo que ocurría en él; atribuía su descontento á los incidentes que los

alejaban. Los dos creían que aquella entrevista, ya dificultada dos veces por la persecución, iba á ser larga. Y no sucedió así. Ella no supo hasta mucho más tarde que Aurelio estaba en uno de esos instantes de sensibilidad y decisión en que una palabra tiene toda la convincente fuerza de un discurso.

—¿Está usted enfadado?

—No... Sufro.

—Yo también... El no ha vuelto, y temo... Lo presumo cerca; tal vez esté aquí... Usted no lo conoce... Ya ve, no me atrevo á salir sin el niño; no me atrevo á soltar su manita, y cada persona desconocida que se me acerca me hace apretar su bracito, apresurar el paso... Creo que todo el mundo viene á quitármelo... Y estoy loca.

—No, si yo comprendo... Si tiene razón.

—Hizo usted mal la otra noche; él puede vengarse... Es necesario que no nos vuelva á ver juntos.

—No nos verá.

—¿Por qué ese tono?... No sea injusto conmigo, no venga á añadir una espina... Su actitud lo ha desconcertado, pero él volverá.

—¡Oh, si siquiera viniera en seguida!

—¿Y no teme por mí?

Una señora entró, y luego de dirigir al niño,

que miraba las ilustraciones, un cumplimiento fútil, volvió á salir.

Los dos se habían quedado silenciosos, mediativos. Aurelio vió en la contracción de sus cejas que algo decisivo pensaba y le preguntó:

—¿Qué?...

Y ella, como si Aurelio hubiera estado oyendo sus pensamientos, los continuó en voz alta, exaltada, sin preocuparse de repetir el origen de la idea:

—... Y aunque yo descendiera á eso; aunque, igualándome á Mme. Luzis, no por simple deseo como ella, sino por amor, por egoísmo, le ofreciera la vida material á mi lado..., usted no debe aceptarla. Porque entonces se rebajaría usted, sería un cualquiera, y aunque mi amor me cegara, el mismo afán con que me vendaría los ojos nos amargaría todo... Yo lo haría... yo lo hago si usted duda de mí... Puede escoger: mi fortuna no es nada..., puede quedarse, puede ser mi querido, puede ser un canalla, y yo lo adoraré lo mismo... No, Aurelio, sea fuerte; no siga mi ejemplo de debilidad... Váyase... Acuérdesse de lo que usted piensa de mi marido, de lo que yo le he tolerado decir de él... Y él es así, porque hace años, cuando aún era tiempo, no supo ser fuerte.

Hablaba entrecortadamente, sin alzar la mi-

rada. Toda la lucha de su espíritu estaba en el contraste de sus ojos con sus palabras, á veces crudas, á veces acariciadoras... Aurelio sintió que aquellas palabras lo dignificaban, lo impelían. Con apresuramiento echó á andar y desapareció tras la puerta sin volver la cabeza, atormentado y resuelto.

El niño no separó la vista de las ilustraciones Natalia quedó sola, y como todas las mujeres, luego de realizado el esfuerzo de la heroicidad, tuvo miedo de su fuerza y lloró sin inclinar la cabeza, sin sollozar, como si el llanto fuera el estado normal de su rostro; lloró esas lágrimas que ni siquiera son violentas, porque el corazón sabe que simbolizan un dolor que es eterno, que es irreparable, tal vez fecundo...

Entró un criado y encendió la lámpara.

Tenía prisa de partir. Don Juan Antonio le hizo saber que mister Velits había pretendido hacerle intermediario de una reconciliación. El vapor para New York tardaba tres días en salir y era el primero que partía para América. Tomó pasaje decidido á pensar en la ciudad norteamericana, el país latino en que fijaría su residencia. Si el primer buque hubiese ido al Cabo

de Hornos, lo habría tomado con presteza igual. El quería partir, partir, vencer las tentaciones, poner el mar entre su deber y las asechanzas de su antigua vida que volvía á salirle al paso. Tuvo que cambiar de hotel, porque por cada correo le llegaban cartas de mister Velits. La primera la abrió sin sospechar; era una carta llena de promesas, de añoranzas cínicas que lo indignaron, que lo atemorizaron. Tenía necesidad de partir, de dejarlo todo. Ahora sí que su voluntad era firme. En los tres días, ni una sola vez le tentó la idea de ir á Trouville. Llegó el sábado; la pleamar era á media noche, pero él fué desde muy temprano al buque, fondeado junto á un inmenso cobertizo donde los cargadores, hasta un momento antes de la partida, ponían los cajones en las grúas y cantaban una canción de ritmo isócrono y largo para aunar sus esfuerzos. Enormes lámparas eléctricas esclarecían el cobertizo, y, luego de suscitar resplandores áureos en un montón de lingotes de cobre, los rayos de luz se perdían á lo lejos, sin lograr combatir victoriosamente á las sombras... En el fumador, Aurelio escribió á Natalia, á don Juan Antonio, á Mme. Luzis y á los Craud, enviándoles un recuerdo; cuando ellos recibieran aquellas tarjetas, al parecer iguales para todos, ya él estaría lejos, salvado; escribió también á

Nors y una extensa carta á su madre. Hubiera querido enviarle una postal á Sebastián, pero ignoraba su paradero. Don Juan Antonio le contó que luego de habersele visto muchos días pasear, ya taciturno, ya airado, blandiendo su tremendo bastón de alcornoque, había desaparecido sin despedirse de nadie.

Cuando concluyó su correspondencia, descendió al camarote; quería dormirse para no saber el instante de la salida. El ruido de la máquina, el chirrido de las grúas, los pasos acelerados en el corredor y esos crujidos pavorosos que parecen minar siempre los tabiques de los navíos, ahuyentaron al sueño. Sintió las primeras paletadas de la hélice... Habíase acostado para no presenciar aquel momento, pero la sensación se agravaba allí, en el encierro, con la luz macilenta, con el vago olor de alquitrán, obsesionado por la ventanilla redonda, al través de la que sombras y reflejos cambiaban de sitio. Se vistió de prisa y subió al puente. El vapor viraba para entrar en un canal que debía conducirlo al antepuerto. Sobre los altos mástiles metálicos, las luces apenas turbaban la obscuridad de la noche; en el mar, las llamas amarillas tenían temblores de cirio, y los policromos reflejos de las señales no eran alegres... Todo iba pasando á los costados del buque, ante el cual los puen-

tes de hierro se abrían con lenta y oleosa facilidad.

En el fondo de un dique, hundidos en la sombra, dos navíos, recostados uno contra el otro, daban una sensación de desamparo... Al fin el buque entró en el antepuerto remolcado por un vaporcito que jadeaba, y la marcha se aceleró. De repente, los arcos voltaicos suspendidos sobre los mástiles se extinguieron, y en las tinieblas el buque parecía un monstruo receloso tratando de salir de un dédalo. Las masas sombrías de los muelles pasaban ante las miradas de los pasajeros, que ya se aventuraban en las primeras confianzas; luego desfilaron las calles, acusadas por dos hileras de luces que iban á perderse en el corazón de la ciudad; después pasaron los últimos malecones, el semáforo, los dos faros rojos de la entrada... Y todo se fué desvaneciendo en la noche. Las luces de los pueblecitos parpadeaban en la costa, distantes. ¿Cuál de aquellos grupos de puntos luminosos sería Trouville?... El remolcador abandonó al trasatlántico, que libre ya de todo temor, acrecentó su velocidad, y la sirena llenó la noche con su lamento trémulo, poderoso y largo.

Aurelio había apoyado la cabeza contra la baranda de la cubierta. Unos pasajeros que pasaron junto á él, dijeron:

—Muy pronto se ha mareado ése.

Y Aurelio lloraba.

En Trouville, desvelada en el lecho, Natalia sintió el adiós emocionante de la sirena, y por uno de esos relámpagos de certidumbre que iluminan á veces el alma humana, comprendió que su voluntad se había cumplido... ¡ que todo se había perdido ya !

## INTERMEDIO

---

¡ Viajero, viajero... no te obstines ! Deja perder los recuerdos ingratos en el extremo de la estela ; no anticipes tu llegada al porvenir, hacia el cual vas siempre hartado de prisa... Ensueña y reposa, viajero : un largo viaje es lo mismo que una convalecencia.

No es cierto el principio de Arquímedes : en el mar el fardo de nuestras preocupaciones se aligera inconmensurablemente. Un asesino debe sufrir menos remordimientos, un poeta debe recibir inspiraciones más fragantes, un niño debe ser aún más infantil. El mar es un gran paréntesis azul. Ensueña y reposa, viajero : no desdeñes la tregua... deja beber á tu alma el bálsamo azul del mar y cubre tus ávidos ojos con la gasa azul del firmamento... El azul es sedante... En toda alegría hay algo de azul. No te aferres á